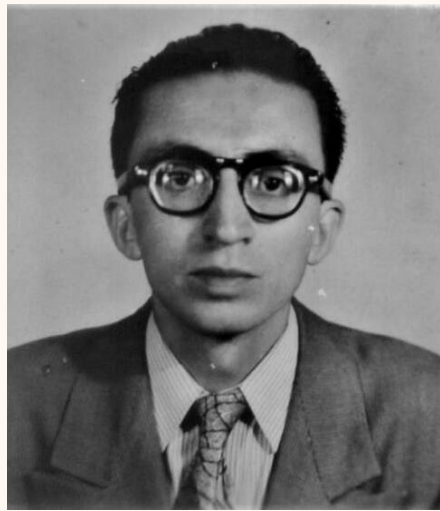




REVISTA
BIOCHITO

PRESENTA

HOMENAJE
CÉSAR DÁVILA ANDRADE
DIEGO ARAUJO SÁNCHEZ
SOFÍA RAMÍREZ
DISTANTE PRESENCIA DEL OLVIDO



revista

BICHITO

Visítanos en Instagram y Facebook:
@bichitoeditores

O escríbenos:
bichitoeditores@gmail.com

bichitoeditores.com

Textos de: César Dávila Andrade, Diego Araujo Sánchez, Andrés Usiña.

Pintura de portada: *Retrato de César Dávila Andrade, entre 1938-1948.* Fotografía encontrada en la colección privada de Felipe Díaz Heredia.

Texto contraportada: César Dávila Andrade. Poema: *Encuentros.*

Fotografía de contraportada: *Mirada de César Dávila Andrade,* Aparecida en el número conmemorativo de *Zona Franca* (mayo 67).

CONTENIDO

- 4
5
8
11
21
23
- Presentación: Vago cofre de astros perdidos
LAS EDITORAS Y EDITORES
- Un cuento sin nadie
CÉSAR DÁVILA ANDRADE
- Espacio, me has vencido
CÉSAR DÁVILA ANDRADE
- César Dávila Andrade: El dolor más antiguo de la tierra
DIEGO ARAUJO SÁNCHEZ
- Distante presencia del olvido
BICHITO EDITORES
- Mostrario
SOFÍA RAMÍREZ



SOFÍA RAMÍREZ

Quiteña, nacida en 1996, es pintora, escultora y ceramista. Estudiante de Artes Plásticas de la Universidad Central del Ecuador.

Su obra está dotada de sensualidad y originalidad únicas, el claro ejemplo de que el arte busca y retrata la belleza, pero también formas atroces que no dejan de ser bellas.

Ha participado en más de 15 exposiciones colectivas. Distintas herramientas plásticas, además de carboncillo, óleo, acrílico, son usadas por esta artista en su constante búsqueda sin lineamientos estéticos.

Exposiciones colectivas:

Arte Joven 2016, Universidad Central del Ecuador.

Help 2017, Sirka Quito.

Ciclo de Cine Surrealista 2017, Casa Comarca Quito.

Jerga Visual 2017, San Antonio de Ibarra.

Percepciones Contemporáneas 2018, Bocanada Quito.

Parentalidad 2018, Casa de la Cultura Ecuatoriana, núcleo Pichincha y Riobamba.

Mujeres por mujeres 2018, Viva Arte Quito.

Exposiciones individuales:

Noche Bohemia 2018, El Chulla Hostal Cultural.

VAGO COFRE DE ASTROS PERDIDOS

Nadie está verdaderamente solo si vive dentro de un mismo corazón, escribió César Dávila antes de quitarse la vida en Venezuela, en la patria de su Bettina Uzcátegui, aunque seguramente pensando en sus natales Laura Romo, María Augusta, en sus innumerables musas traducidas al papel.

Su dolor, marcado por la orfandad universal, fue la fuente de sus cuestionamientos metafísicos, que han durado 100 años en la historia, y sobre todo, en aquellos espíritus que constantemente acuden a él para liberarse a través de la literatura de las ataduras de la angustia, pues su poesía, como él dijo, es el dolor más antiguo de la Tierra.

Es necesario traer a la memoria a este personaje que dejó su humanidad con el fin último de hallar a dios, hablar con él/ella y recriminarle su mala labor terrenal, donde nos ha abandonado. Diciéndole de lo bello y lo fatal que puede ser el mundo, y más cuando usas unos lentes, que seguramente no son tuyos.

Miremos a través de él, abramos su vago cofre de astros perdidos, al menos hoy.

Las editoras y editores

UN CUENTO SIN NADIE

CÉSAR DÁVILA ANDRADE

- Sí, me voy porque aquí no se ve a nadie.
- ¿A nadie?
- Absolutamente.
- ¿Qué sé yo?
- ¿Qué cosa dice?
- Debió oír a tiempo. Adiós.
- Adiós.

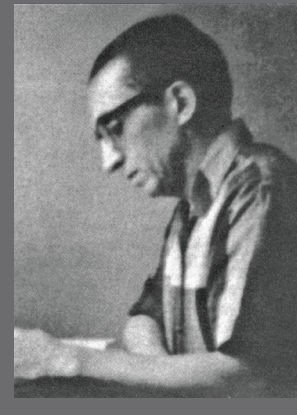
No nos habíamos visto nunca. Y lo peor, no podría ya jamás conocerle, porque había muerto. Se había suicidado.

El matutino del día siguiente traía la fotografía del suicida en un charco de sangre, como en su propia bandeja. Pero el enfoque no había recogido el rostro del occiso, y su nombre se me olvidó. Lo mismo, el apellido de ellas. Solo sus nombres, alineados bajo el denominador de la Gracia. La primogénita se llamaba María de la Gracia; la segunda, Mercedes de la Gracia; y, la última, Beatriz de la Gracia. Y él... Nadie, ha muerto: se ha matado totalmente.

Antes de las siete, el sol estaba pintado al fresco sobre la torre de la iglesia. El carrito del panadero de la pierna de palo, había pasado hacía diez minutos, repicando su campanilla del pasado verano que, sin embargo, sonaba como en el estío venidero.

La pieza del occiso fue registrada por la tía y las Autoridades. La señora se introducía constantemente en la amarilla mirada de los Pesquisidores, como una opulenta esfera moteada de azul. Y volvía a salir con su carácter de dueña de casa y de tía solterona.

La cama del occiso se encontraba pulcramente tendida, lisa. No había dormido en ella la noche anterior.



—¿Trasnochaba su sobrino? —preguntó el Comisario.
—¡Jamás, señor! —exclamó la Tía, medio ofendida.
—Pero se ve que vino durante la noche y volvió a salir. En la alfombra hay huellas de barro.

—Anoche llovió. Aquí están las huellas de barro — dijo el Secretario.

El primer cajón del escritorio —a la izquierda—, se encontraba abierto y ladeado.

—Aquí guardaba sus ahorros —suspiró la Tía.

—Parece que los retiró anoche —intervino el Comisario (cigarro en la comisura derecha, desleal ojo de vidrio). El Secretario apoyó el descubrimiento de su Superior y dedujo, a su vez.

—Sí. Y adquirió aquellas flores...

—¿Qué flores? —gritó la Señora.

—¿Sabía usted que su sobrino guardaba este revólver? —dijo el Comisario presentándole el arma, en un pañuelo.

—Dios mío —chilló la mujer—. Él nunca usó ni un alfiler en toda su vida. Este revólver fue de mi difunto hermano. Mi sobrino lo conservaba en el último cajón de la derecha, en un estuche.

El Secretario se puso en cuclillas y tiró de la armella. Estaba el estuche: una caja negra con interiores de paño verde billar, en los que se recortaban los bajorrelieves del arma, en dos mitades vacías.

—Esto es todo; gracias, señora —dijo el Comisario.

Gracias —corearon los que le acompañaban y salieron.

Nadie, pertenecía a esa clase de hombres de los que nadie recuerda el rostro tres segundos después de haberlos tratado durante una hora. A veces, parecía terminar en el borde del cuello únicamente. Otras, producía la impresión de ser una brumosa cantidad de mirada en vaivén o de voz sofocada por un pañuelo.

Pero, lo seguro, era que nadie podía asegurar nada con respecto a Nadie.

Quizás sí, un detalle había quedado en la memoria de algún observador. A Nadie le placía andar por la cinta de piedra de las aceras, como un chiquillo. Tenía la manía de la línea recta, por entretenimiento. Pero esta única línea tampoco le pertenecía. Quedaba en el camino, como pasado.

La empleada de la floristería "Magnolia Palace", dijo que un señor Alto y Flaco, como de unos cuarenta y cinco o noventa años, más o menos, cuyo rostro "no recordaba", le pidió tres "bouquets".

—Rosas blanquísimas —susurró.

"Entonces, le quedé mirando fijamente largo rato, porque me hizo muchísima gracia" —agregó la empleada de la "Magnolia Palace".

—Y, no recuerda el rostro del...

—No señor. No recuerdo. Se me escurre a cada instante...

Las tres muchachas del apartado Barrio de Torreamarga, fueron interrogadas al atardecer de ese mismo día.

El cadáver de Nadia había sido alzado de la acera, al pie de la triple ventana correspondiente al dormitorio de las hermanas.

Estuvieron de acuerdo como las hojas de un trébol. Ninguna sabía el nombre de aquel hombre; ninguna recordaba su rostro. No conocían nada de su vida, de su familia ni su posición social.

—Beatriz, la menor, terminó diciendo:

—¡Para mí, era un Nadie!

—¡Nunca me dijo nada! —aseguró Mercedes.

—Creo que estaba enamorado de las tres al mismo tiempo —sugirió, burlonamente, María.

—Solo así se explica lo de los tres “bouquets” —exclamó el Comisario.

María de la Gracia, como si hablara en sueños, agregó:

—Enamorado de las tres y de ninguna. Raro amor. ¡Se me antoja como amar a la Santísima Trinidad...!

De los datos, o de las abstracciones, se pudo deducir, vagamente, que Nadie había comprado las rosas a las nueve de la noche. Que, a las diez, había depositado los “bouquets” bajo las ventanas; y que, casi en seguida, se había disparado en la sien derecha. (En el tambor del revólver se encontró la cápsula vacía del único proyectil).

Sin embargo, si nos atenemos al contexto de las declaraciones de las muchachas —María, Mercedes, Beatriz—, se produjeron tres disparos, y no uno.

Porque...

María oyó un disparo en sueño; sonó en el fondo de una confusa reyerta en la que se encontraba soñando según dijo.

Mercedes, juró haber oído la mitad de una detonación en el sinuoso borde de su duermevela; y la mitad, el salto y el súbito país de la conciencia.

Y, finalmente, Beatriz dijo haber escuchado el disparo, después del grito de sus hermanas sobresaltadas.

—Vino como del fondo de las casas, y pasó hacia los árboles que están del otro lado, en el campo —juró.

A lo que el Comisario, sin dejar de mascar el cigarro, agregó:

—La única persona que oyó, que escuchó realmente la detonación, fue la señorita Beatriz. Deduciéndose que

las otras dos señoritas, confundieron el sonido, el rumor de sus sueños, con el ruido de la noche que pasa por los campos y las casas.

Luego, arrojando el cigarro por la ventana central, pensó con fugitiva amargura en el desconocido.

—“Nadie se suicidó porque, habiendo permitido la entrada del amor en su corazón, se había convertido, por este solo hecho, ya en Alguien. Sin embargo, su enfermizo orgullo de hombre anónimo, no pudo sufrir esta existencia intrusa que iba a delatarle como a una sombra agazapada. Y prefirió ser absolutamente Nadie”.



ESPACIO, ME HAS VENCIDO

CÉSAR DÁVILA ANDRADE

Espacio, me has vencido. Ya sufro tu distancia.
Tu cercanía pesa sobre mi corazón.
Me abres el vago cofre de los astros perdidos
y hallo en ellos el nombre de todo lo que amé.
Espacio, me has vencido. Tus torrentes oscuros
brillan al ser abiertos por la profundidad,
y mientras se desfloran tus capas ilusorias
conozco que estás hecho de futuro sin fin.
Amo tu infinita soledad simultánea,
tu presencia invisible que huye su propio límite,
tu memoria en esferas de gaseosa constancia,
tu vacío colmado por la ausencia de Dios.

Ahora voy hacia ti, sin mi cadáver.
Llevo mi origen de profunda altura
bajo el que, extraño padeció mi cuerpo.
Dejo en el fondo de los bellos días
mis sienes con sus rosas de delirio,
mi lengua de escorpiones sumergidos,
mis ojos hechos para ver la nada.

Dejo la puerta en que vivió mi ausencia,
mi voz perdida en un abril de estrellas
y una hoja de amor, sobre mi mesa.

Espacio, me has vencido. Muero en tu eterna vida.
En ti mato mi alma para vivir en todos.
Olvidaré la prisa en tu veloz firmeza
y el olvido, en tu abismo que unifica las cosas.

Adiós claras estatuas de blancos ojos tristes.
Navíos en que el cielo, su alto azul infinito
volcaba dulcemente como sobre azucenas.
Adiós canción antigua en la aldea de junio,
tardes en las que todos, con los ojos cerrados
viajaban silenciosos hacia un país de incienso.
Adiós, Luis Van Beethoven, pecho despedazado
por las anclas de fuego de la música eterna.
Muchachas, las mi amigas. Muchachas extranjeras.
Dulces niñas de Francia. Tiernas mujeres de ámbar.
Os dejo. La distancia me entreabre sus cristales.
Desde el fondo de mi alma me llama una carreta
que baja hasta la sombra de mi memoria en calma.
Allí quedará ella con sus frutos extraños
para que un niño ciego pueda encontrar mis pasos...

Espacio, me has vencido. Muero en tu inmensa vida.
En ti muere mi canto, para que en todos cante.
Espacio, me has vencido... ❀





Ensayista, crítico literario y catedrático universitario. Ha publicado artículos y comentarios sobre libros y autores contemporáneos del Ecuador y América Latina. Miembro de la Academia de la Lengua Ecuatoriana.

CÉSAR DÁVILA ANDRADE: EL DOLOR MÁS ANTIGUO DE LA TIERRA

DIEGO ARAUJO SÁNCHEZ

EL SEMBLANTE Y LA SANGRE

En un retrato a lápiz por Carlos Rodríguez, aparece César Dávila Andrade con su rostro aindiado; el pelo liso cae hacia atrás; en la frente hay dos surcos paralelos; las cejas se hunden en las cuencas de los ojos, a la altura que nace la línea severa de la nariz. Lo que más impresiona es la mirada. No se produce, como en otros retratos, la ilusión de los ojos que persiguen al vidente. Ha en la mirada una indecible tristeza que escapa al interior y reaparece en las comisuras de los labios.

Para César Dávila era la sangre una fuerza subterránea que rebasaba los márgenes del cuerpo una sola vez, en el límite del vacío y la angustia, cuando el hombre había entrado a la médula de la noche y ni siquiera sentía ya el vaho de Dios. Apasionadamente, con la pasión del místico que desgarró el cuerpo para hartar el alma en la visión divina, Dávila Andrade laceró su genio de hombre-creador hasta la más alta noche... Y el 2 de mayo, en el cuarto de un hotel de Caracas, se cortó la vena yugular. "El íntimo fuego circulatorio fue apagándose. La ardiente, la imaginífica, había labrado la repentina muerte, con su trampa recubierta del follaje tierno".

Dávila nació en Cuenca el año de 1918. Lector insaciable, transitó por las regiones de la magia y el pensamiento religioso de Oriente. Los amigos le endilgaron el nombre de "Fakir". Y buena parte de las experiencias de artista estuvieron ligadas a su vida bohemia, marcada con el mismo gesto huidizo del semblante.

Todo artista, empero, hace la obra a su imagen y semejanza. Estas páginas quieren ser esbozo de tal interpretación: las huellas del semblante y la sangre en la poesía, cuento, ensayo y crítica de César Dávila Andrade.

¿MÍSTICO O ALUCINADO?

En "Espacio me has vendido", primer libro de Dávila, el hombre devorado por la inmensidad del cosmos, busca un lugar de destierro para su alma. ¿Qué le lleva a este confinamiento? No la extensión concebida en abstracto. Más bien el contacto con la Tierra, las fuerzas de la conciencia que reaccionan críticamente, cuando despiertan a los requerimientos de la experiencia. Dávila Andrade percibe la ceguera humana; encuentra la vida como prolongación de vidas anteriores, reconoce la existencia como superposición desordenada de instantes de existencia, el ser como mosaico del devenir. Con acento emocionado, clama reiteradamente porque se disuelva el manto subterráneo que le vela la mirada; quiere librarse de la embriaguez de los sentidos; pide luz para que sus manos puedan acariciar las cosas, sin sangre de deseo. Paradójicamente, este don que anhela en su vida es ya huella esencial de su lenguaje poético. Porque cuando el arte hispanoamericano cumplió la edad de la violencia, Dávila había llegado al secreto de la ternura. En esta línea magnífica escribe "Carta a una colegiala", "Carta a la ternura distante" y "Canción a Teresita", delicada y transparente filigrana de metáforas labradas con insólita pasión.

Pero Dávila Andrade testimonia también el momento de la alegría, la aceptación exultante de los poderes de crecimiento y disminución que engendra la vida, los elementos del perpetuo conflicto. Canta "la alegría inmensa de ser hombres, el don de hablar con amor toda palabra y aun la certeza de la muerte venidera".

En esos poemas, pues, se revela ya la dualidad fundamental de la obra del Poeta. Porque hay un tipo de hombres en el que es una misma la capacidad de elevarse en el Amor, por la mística del despojamiento y la potencia de arrojarse a la Nada, por la metafísica del



desgarramiento. ¿No son engañosamente gemelos, aunque opuestos, los mecanismos psicológicos que entran en juego en el caso de los místicos y en el de los alucinados? ¿No son esos los caminos, como las rectas de los ángulos divergentes, de los de San Juan de la Cruz y de los Rimbaud? El místico purifica los sentidos, asciende, busca “un corazón desnudo y fuerte, libre de todos los males y bienes que puramente no son Dios”, da batalla a las fuerzas negativas de la vida. El alucinado, por el contrario, se lanza al abismo, desgarrando los sentidos con el cúmulo de las experiencias, vierte en el corazón los males y bienes de la Tierra. Ambos tienen igual pasión religiosa, la misma sed interna. Los dos tienen el coraje de vivir como piensan, creen o dudan. Ambos poseen una expectativa y... ¿cuántas veces el alucinado no es más que un místico en estado salvaje?

DESGARRAMIENTO METAFÍSICO

La necesidad vital de encontrar lo Absoluto adquiere rasgos dramáticos en ciertos temperamentos. Quien elige el espacio como lugar de exilio, comprende morosamente la estructura de los seres y las cosas. El orden universal aporta testimonios irreprochables a las miradas puras. Dávila Andrade exalta la huella impalpable de lo divino en los seres que lo rodean. Su “Oda al Arquitecto” es canto a Dios inmanente en las cosas y reconocimiento de la dependencia esencial entre creación y Creador. Este “Arquitecto sagrado de las gaseosas manos”, sin embargo, no tiene una existencia personal; es un Dios etéreo, que puede ser percibido por la “física llama del tacto”; una realidad que está en el espacio, en el árbol, la montaña y “el dorado toro que piensa en el otoño” y que permanece dormida, profunda y vigilante en el hombre; así la muerte es reintegrarse al Gran Aliento Universal:

**RESPIRAS NUESTRO GOZO, NUESTRO AIRE
Y EN LA NOCHE POSTRERA NOS RESPIRAS EL ALMA...**

Pero ¿cómo penetrar en este multiforme Todo, complejo y maravilloso, pero, a la vez, tiránico y desconcertante? ¿Quién habrá de “adelgazar el alma” para adorar la naturaleza ebria? ¿Cómo, pues, liberarse de la “gárgara del Gran Beodo Universal”?

Con “Arco de instantes”, Dávila inicia su desgarramiento metafísico y celebra el rito de la consagración de los instantes, que representa el descubrimiento del tiempo puro. “Advertencia del desterrado” resume el pasado optimismo:

**ES VERDAD QUE BAJÉ UNA MAÑANA,
CON UN NOMBRE DE SAL ENTRE LOS LABIOS
Y UNA MANCHA DE CIELO SOBRE EL ALMA.**

Pero la experiencia del abismo atrae impetuosamente a los alucinados. Dávila confiesa que “había descubierto el río que va de las nociones a la Nada” y la necesidad de “imprimir una huella animal en el secreto pomo del corazón”. No solo hay, por consiguiente, despojamiento sino desgarramiento. La dedicatoria del libro confirma esta idea: al hombre en el vacío.

En esta época, Dávila debió sentirse como ahogado en la piedra de las ciudades andinas. Empezaría a pasear su angustia por las calles, tabernas y atrios. Su poesía se vuelve difícil. Es la revelación interior, reñida ya con la Tógica de las formas pero no por ello menos dramática y coherente; una poesía que abandona la superficie, filtra el material impuro de la sensibilidad periférica, y echa raíces en las regiones subterráneas de la conciencia. “Arco de instantes” conserva la belleza feroz del alma atormentada; a veces, irrumpe la ternura, como sustancia del poema; o la reminiscencia de la infancia y la participación metafísica en el vaivén de la “Corteza embrujada”, donde todos los horizontes se desgarran.

El hombre en el vacío, no obstante, tiene la más intensa noción de la necesidad de Dios. Cuando el caminante conquista la cima, vuelve los ojos a la tierra que ha dejado y contempla el horizonte; en la parte más honda del barranco, en cambio, siente que el cielo cae de lleno sobre sus hombros; arriba, domina, es libre; abajo, la distancia multiplica la fuerza vertical del cielo. La poesía de Dávila fluye y refluye en esta inquietud.

Hace algunos días, he revisado el álbum de un amigo del Poeta. Entre la maraña de los más diversos recortes de periódicos, destaca una docena de dibujos originales de

Dávila, garrapateados seguramente la misma época en que escribiera "Arco de instantes". Entre ellos, hay uno sumamente interesante: los trazos a lápiz tejen el rostro de Cristo; pero si volteamos el papel, las mismas líneas representan al diablo. Esta doble imagen, ilustra la polaridad que hemos anotado en la obra del Poeta. Hay, por un lado, la certeza primordial: "Señor, no te conozco, y sin embargo, te siento como un ciego que me mira"... Mas, por otro lado, existe también la conciencia del esfuerzo inútil para poseer un Dios inasequible:

**EN ALGÚN LUGAR, MUY AZUL SEGURAMENTE,
TE VISTES MUCHO, SIEMPRE,
PARA QUE NO TE RECONOZCAMOS.**

Dávila había contemplado la secreta arquitectura de las cosas. No dudaba ya de Él; pero... si Él hizo nuestros ojos por qué no le podemos ver. La fórmula del Poeta es:

**SÉ QUE NUESTRAS MANOS FUERON POSIBLES
POR LA FERROZ BELLEZA DE LAS TUYAS.
AHORA, UNIMOS LAS NUESTRAS EN PLEGARIA
Y SOLO NOS RESPONDEN LOS VACÍOS.**

La poesía de Dávila, conforme avanza, da la sensación de una poesía cargada de cilicios. Hay, al menos, en ella una clara intención expiatoria. En algunos versos, sentí un estremecimiento semejante al que tuviera en una época lejana, cuando en un pueblo andino, vi este rito bárbaro: un indio ciego se untaba lodo en la pupila, con la esperanza de recobrar la vista.

Dávila navega, desde "Arco de instantes", el río que va de las nociones a la nada. El hombre viene solo a soñar sobre la Tierra; no a vivir. La misma vida es sueño en la vida del Señor del Universo:

**OH PACHACÁMAC,
INFINITA ES TU VOLUNTAD DE SUEÑO
SOBRE NOSOTROS, TUS ETERNOS SOÑADOS.
OH, PACHACAMAC**

Pero aquella voluntad de sueño tiene su momento de pesadilla en "Boletín y elegía de las mitas". Una voz de la entraña del sepulcro resume la pasión y muerte de la raza indígena, sobre la cual cae el foete del más inhumano

destino. Pero después de tres siglos de sepulcro, el Poeta que asume su función original el vaticinio anuncia con la bravura del ser acorralado que ve la luz por vez primera (la luz que fue suya hasta en el brillo de sus dioses), el regreso de la raza expoliada. Hay en "Boletín y elegía de las mitas" aquel estremecimiento telúrico que contrae y distiende matrices invisibles para alumbrar al dolor humano. Este se transmuta en imágenes del más exacerbante suplicio:

**EN PLAZA DE POMASQUI Y EN RUEDA DE OTROS NATURALES
NOS TRASQUILARON HASTA EL FRÍO LA CABEZA.
OH, PACHACÁMAC, SEÑOR DEL UNIVERSO;
NUNCA SENTIMOS MÁS HELADA TU SONRISA,
Y AL PÁRAMO SUBIMOS DESNUDOS DE CABEZA,
A CORONARNOS, LLORANDO, CON TU SOL.**

El poema consigna los tormentos a que fueron sometidos los indígenas, en la época de la Colonia, con la institución de las mitas y obrajes, que les obligaba a prestar gratuitamente la mano de obra. Cada estrofa de este Boletín es un cuadro brutal: Melchor Pumaluisa, mama Susana Pumancay de Panzaleo, Tomás Quitumbe, Dulita, esa lavadora de platos a quien el mestizo Juan Ruiz acerca una braza de fuego a los labios, son bestialmente crucificados. Este poema es la más desgarradora pintura mural del dolor del indio ecuatoriano. No hay obra tan auténtica ni tan nacional, en el sentido profundo del término, exento de la acepción parroquiana que tiene para ciertos intelectuales y políticos, como este Boletín. Solo las figuras torturadas en las últimas obras de Guayasamín tiene una expresión parecida: sobre un fondo negro, la cabeza hundida en el pecho, los brazos extendidos y en trance de agonía, una porción del cielo envuelve a esos indigentes.

Dávila Andrade vive en el cuerpo crucificado de los indígenas. Porque el artista, desde el principio de la Creación, ha de morir algún día con la misma muerte que sus criaturas. Esta misteriosa identificación confiere perspectivas inusitadas a su existencia.

Sin embargo, el momento de la tortura coincide también con el del éxtasis:

OH, PACHACÁMAC, SEÑOR DEL
UNIVERSO!

TÚ QUE NO ERES HEMBRA NI VARÓN.

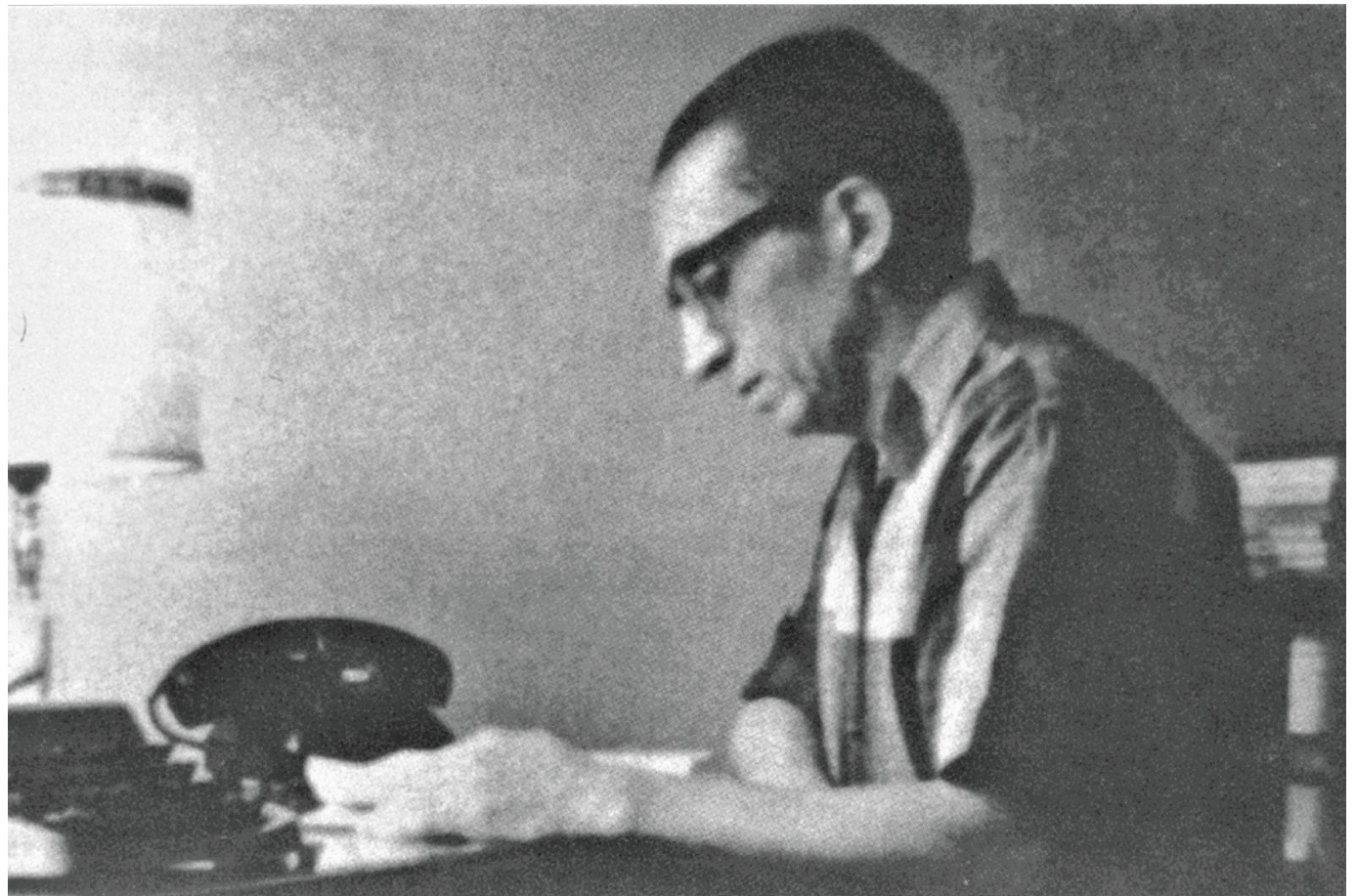
TÚ QUE ERES TODO Y ERES NADA,

ÓYEME, ESCÚCHAME.

COMO EL VENADO HERIDO POR LA SED
TE BUSCO Y SOLO A TI TE ADORO.

Los hilos magnéticos que atraen el dolor indígena al íntimo fuego del Poeta, le conducen también a la compenetración con la forma y potencia de la Tierra. Desde ahora el paisaje andino también atormentado, desgarrado y multiforme impregna la obra de Dávila, con su patética simbología.

En "Catedral salvaje" y "En un lugar no identificado" las formas terrestres aparecen como seres apocalípticos: murallas de nieve planetaria, ríos de miel salvaje, fogatas de cristal de roca, frías miradas de serpientes y diálogos de pájaros borrachos, todo es presencia efímera, sombras en trance de terror o canto. A través de estas colecciones de poemas, vale la pena descifrar las ideas de Dávila sobre la poesía.



UN CAMINO DE CONOCIMIENTO

Dejando a un lado el temor que me inspiran las clasificaciones, reconozco dos momentos en la poesía occidental el de primacía de la lógica y de la emoción periférica, tipo becqueriana, y el de la penetración interior, alógico, desde Mallarmé, Baudelaire, Rimbaud y, con los modelos de escritura automática del surrealismo, hasta nuestros días. Esta última rama de poesía proteica resulta campo inagotable para los artistas. Es, en muchos casos, un registro de estados de conciencia y situaciones vivenciales.

El conocimiento a través de los sentidos y de la razón no constituye vía exclusiva de conexión con la realidad. Hay un conocimiento vital, una especie de intuición o de estado anterior a la razón y los sentidos, que representa la realización de los impulsos de la conciencia más elemental. Aunque reviste las más variadas formas desde la mística cristiana o las diversas clases de yoga hasta aberraciones de ocultismo y abracadabra su asombrosa fertilidad empieza a ser recién vislumbrada por los ceñudos idólatras de la Ciencia Positiva.

César Dávila Andrade fue conocedor de aquellas formas de experiencia interior. Toda su poesía, creo, aspira a ser un camino de conocimiento; al principio, muy cerca de las creencias cristianas; luego, paralelo más bien a una especial teosofía. En este halla los hitos siguientes¹:

¹ Esta interpretación tiene, además, corroboración del mismo Dávila en algunos ensayos suyos, como 'Magia, yoga y poesía', publicado en la Re-

secretas uniones con el limo de las emociones primarias, vinculaciones con las tendencias viscerales y la materia hechizada, identificación con las voces telúricas, aniquilamiento del “yo”; y, al fin, espera “una visión suprasensual del mundo, libre de los elementos de la personalidad y del espejismo del tiempo”. En las obras de Dávila existe este trayecto; hay la intención de desgarrarse, de identificarse con agónicos cuerpos ancestrales y con la fisura de la Tierra y el gran desgarramiento del paisaje andino. Ningún poeta ecuatoriano ha vivido la poesía con la intensidad, el religioso fervor y la entrega con la que vivió Dávila. Sabía que el poeta que va por este camino no juega con literatura sino con vida. Y sabedor de esta implicación decisiva, tuvo el coraje de aventurar en él hasta perderse...

...Y JAMÁS HABÍASE ESCUCHADO MÚSICA TAN DESGARRADORA

Para César Dávila Andrade era el relato un refugio a su necesidad de participar en el dolor humano y hallar a través de sí un estado de conciencia superior. En sus narraciones importan menos la brillante prosa poética y la técnica, a veces imperfecta según las exigencias rigurosas del arte de escribir cuentos, que la descripción de situaciones humanas y la creación de personajes y ambientes.

“Abandonados en la Tierra”, “Trece relatos”, “Cabeza de gallo” y una veintena de narraciones publicadas en diversas revistas, por su calidad e inquietante contenido, sitúan a Dávila en el primer puesto del nuevo relato ecuatoriano. El Fakir es también único en este género. Porque cuando en Ecuador el relato debía seguir la corriente de denuncia social, Dávila, sin dejar de ser auténtico, hizo obra original; renunció a la iracundia y el éxito fácil de la literatura de moda, para abordar las exigencias de su sensibilidad. La miopía de ciertos críticos, claro está, dictó sentencia: “cuentos desvinculados de nosotros, un poco distantes, alejados de nuestro país”. Estos críticos cerriles creen aún que la literatura

vista Shell de septiembre de 1961; o los estudios sobre Budismo-Zen, publicados en la Revista Zona Franca; asimismo, en la infinidad de “evocaciones”, notas bibliográficas, críticas e interpretaciones, regadas especialmente en Letras del Ecuador, la Revista Nacional de Cultura y El Nacional.

nacional comienza y termina entre personajes de poncho y castellano deformado.

Los personajes de Dávila son hombres indigentes, abandonados, agonizantes, torturados por la pasión, el orgullo, la enfermedad, ignorancia y melancolía; son el buhonero, el niño pobre, el inspector de mercados, el rico venido a menos, el cobrador municipal, el portero... gentes ahogadas en lo cotidiano, para los cuales los hechos más simples adquieren los contornos de las mayores desgracias. Pero de la misma forma que el hombre participa de la vida de la naturaleza, las criaturas del arte padecen los conflictos humanos y se constituyen en símbolos de su creador. De tal manera, los personajes de Dávila dan lúcido testimonio de él mismo, especialmente en las narraciones en primera persona, donde el narrador es también protagonista.

Entre sus primeros relatos, ocupa lugar importante “Vinatería del Pacífico”; es una historia extraordinaria en la que un alma sencilla presencia, gracias al azar, el rito de los físicos que se sumergen en el barril de vino, bajo el patrocinio diabólico e inocente de Don Lauro. También en la primera versión de “Ataúd de cartón”, el narrador, al azar, intercepta una llamada telefónica y esta le conduce al crimen de un enterrador y la agonía de una muchacha pobre.

“Sauce llorón” y “El niño que está en el purgatorio” descubren cómo nace el mal o penetra el tormento en los seres inocentes, precozmente impulsados a experiencias abismales. Asimismo la pobreza obliga a un carpintero a vender a su hijita que recobra el habla, en “Primeras palabras”, cuando es abandonada al tormento y a la burla.

“Trece relatos” se encabeza con una cita de León Bloy, que es casi un cuento: “Hubo un virtuoso de su alma en la que ejecutaba como en un violín sobrenatural, y jamás habíase escuchado música tan desgarradora”. ¿No es este virtuoso el mismo Dávila? ¿No es cada uno de sus “Trece relatos” esa música desgarradora?

“La batalla” interpreta la contienda elemental entre los seres. Tras la lente de oscuras identificaciones sexuales, aparece una imagen de descomposición y de muerte, en la sórdida agonía de la gorda y jovial vendedora de fritadas. Esta idea de destrucción, en la que confluyen fuerzas

instintivas, aniquilamiento biológico, y derrumbamiento o raquitismo del espíritu, se manifiesta de alguna manera en toda la colección de relatos.

En "El cóndor ciego" reaparece, como personaje, la caprichosa orografía andina que acoge la sombra del postrer aleteo del Cóndor ciego, el cual, cuando ha llegado a la mayor altura, cierra las alas de golpe sobre el abismo y se destruye. También el buhonero de "Un nudo en la garganta" es acosado por la muerte; pero él lucha, aunque infructuosamente, por mantener la vida que se extingue. De igual modo en "El último remedio" y "Lepra", aunque los protagonistas se asgan desesperadamente a la vida, acaban por sucumbir.

"El recién llegado" y "Durante la extremaunción" exponen dos ideas emparentadas con las creencias orientales: partiendo de la posibilidad de la transmigración, Dávila conjetura el caso de un hombre que reconoce al amo de la época en que vivió el cuerpo de un perro. Y en el segundo relato, el tiempo retrocede en el instante de la muerte del cobrador municipal; pero el pasado emerge en una trayectoria inversa al pretérito real hasta que el hombre regresa al útero de la madre y al lugar de origen. Así la vida transcurre frente a un espejo que retrocede al mismo ritmo de la marcha de los actos corporales: el espejo avanza "repechando incesantemente su propia imagen, en tanto que esta viene desde el fondo siempre nuevo hacia él" y el hombre de carne y hueso va hacia la imagen, que llega sin fin, retrocediendo, recurrente.

"La última misa del caballero pobre", "El elefante" y "Aldabón de bronce" bucean en el orgullo humano. El primero es una pequeña obra maestra, por la intensidad, el rigor, la unidad de tema y acción. El caballero pobre, temeroso de la luz solar y de las murmuraciones provincianas, concurre a misa al rayar el alba. Pero un día quédase dormido y despierta en la misa más concurrida del domingo, ante la mirada de damas empolvadas y gente rica. Entonces, el caballero pobre sale maldiciendo, por la nave central, y promete que nunca volverá al

templo. En "Aldabón de bronce" el antiguo rico Sepúlveda también vive atormentado por la vanidad y la soledad que ahogan todo sentimiento transparente. En "El elefante" es, en cambio, un inspector de mercados, con el orgullo acrecentado por su nuevo cargo, quien se transforma en hombre sin sentimientos hasta extraer de las muelas un pedacito de carne, que había aceptado, después de una resistencia heroica, en la que defiende su temperamento "orgullosa, incorruptible, insobornable, propenso a cierta cómica vanagloria".

"Ahogados en los días" es casi un divertimento comparado con los otros relatos. El Bachiller Asuero descubre su secreto: todo es humo, los hombres se hunden en el Tiempo y ni Dios mismo puede salvarles, porque "Él es la radiante materia de los días"; no ser un ahogado tiene un precio: renuncia a la capacidad de aspirar.

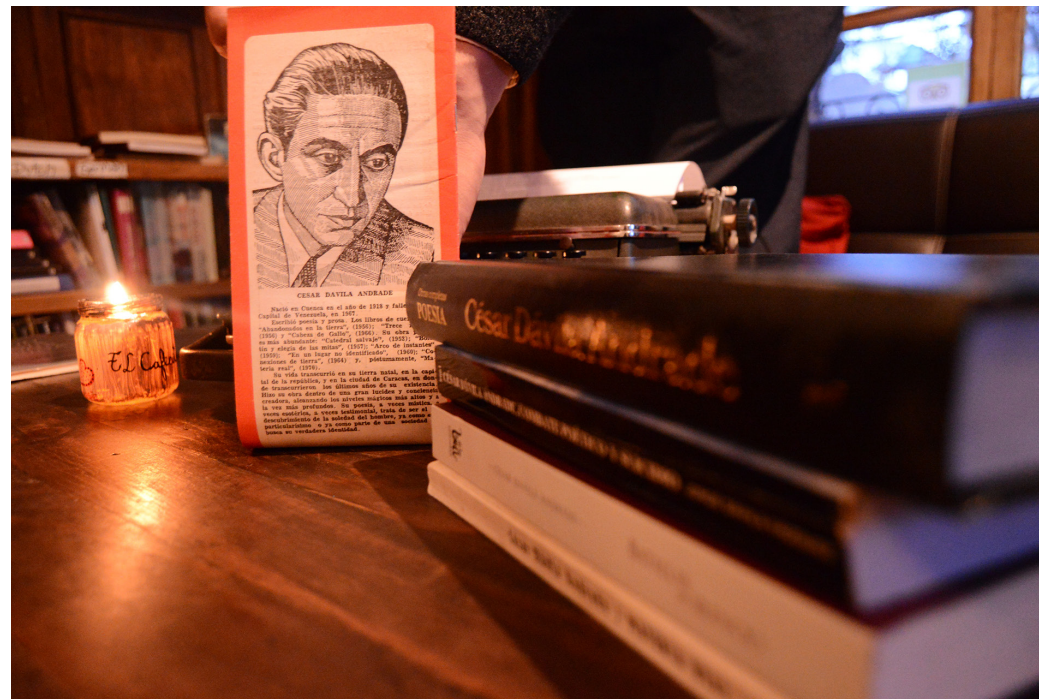
En "Un cuerpo extraño" y "El hombre que limpió su arma" hay dos matices del enfrentamiento de la persona y los "otros". En el primer caso, un espíritu puro empeñado en la busca de lo divino, encerrado en sí mismo, pierde la capacidad de penetrar más allá de las apariencias y sufre el engaño de los seres terrestres, o sea de lo ilusorio y lo real, del cielo y el abismo. Simón Atara, en cambio, representa la incomunicabilidad humana; la presencia de los "otros" es solo instrumento de destrucción. Por un acto que no le pertenece dispara un arma de fuego y mata a un niño. Inmediatamente, sin embargo, entra en juego una gran maquinaria que lo conduce a oscuras prisiones, jueces y testigos... Involuntariamente, cae en una aventura de expiación y tortura. Al fin, "comprende las raras mutaciones de las cosas, transferidas desde otras épocas; los hilos extraños que se habían pegado como una baba de otro mundo a su cuerpo, la conexión de ciertos instrumentos pardos -actuales- con los negros carretes de una edad negra, sepultada y viva". La historia de Simón Atara está escrita con una belleza mágica: el lector es conducido de lo misterioso e irreal, en donde la imaginación traza cuadros alucinantes, hasta la desconcertante realidad de los actos humanos.

Las narraciones de “Cabeza de gallo” abundan en símbolos de difícil interpretación. El relato homónimo, por ejemplo, empieza con la descripción del carnaval pueblerino; pero desde el punto de vista de uno de los protagonistas narrador omnisciente, la participación en la fiesta tiene visos de participación en el cataclismo cósmico. El juego del gallo, por el cual los muchachos vendados intentan volar la cabeza del animal, ante la mirada regocijada de los curiosos, expresa algo más que la misma costumbre bárbara. Tal vez asimila ese acto a los devaneos estóridos de la multitud cuando, en infinidad de circunstancias, festeja la muerte de los inocentes. Así nada de sobrenatural tendría el incendio de la iglesia y la identificación del rostro del crucificado, en medio de los escombros y la ceniza, con el aspecto del gallo de riña maltratado y sangrante; o tal vez es una imagen más universal de la condición humana: “sentirse sepultado vivo y no poder aletear ya nunca ni estirar la pata bajo el espolón bajo el ala desplegada”.

La desgracia pasea también, en “Caballo solo”, por un pueblo de idiotas; y el carácter trágico estriba más en la laxitud e inmovilidad del ambiente, en el abandono del pueblo, sin autoridad ni dirección, aun casi fuera de la voluntad de Dios, que en la muerte del marido y la mujer.

“La muerte del ídolo oscuro” es narración con momentos de tragedia épica. Los indígenas llevan sobre sus hombros un piano a través de colinas, pampas, accidentados terraplenes, montañas enormes, estribaciones onduladas y vados inseguros. Nuevamente aparece la identificación de Dávila con atormentadas voces ancestrales y el perfil andino. La hazaña culmina, al cabo de los años, en la destrucción del ídolo oscuro.

Hasta aquí los relatos siguen, por así decirlo, cursos semejantes. En la misma línea están “La mirada de Dios”, donde un exclérigo es acosado por un ojo



pertinaz, ineludible, que fulmina al renegado; “Pastel de novios” y “Overall quemado”, relato este último de tono menor por el incidente que narra el zapatero que pierde un billete premiado de lotería, pero interesante por la pintura del orgullo que aletea en el alma de ese pobre; “La madre es un sueño” y “Doble vida”, donde el amor de la madre tiene implicaciones en las tendencias viscerales, tema importante entre las ideas de Dávila. “El viento” es un paréntesis de las narraciones agobiantes; es un cuento de verano, de la naturaleza y su fecunda potencia en los seres; es un relato como el sonido del martillo del herrero que supervive, amablemente, en las cosas que golpea. También “Un cuento sin nadie” oculta en su trama casi policial el conflicto de nadie que, por el amor, pretende ser “alguien”. Asimismo “El gran perro universal” marca el ingreso de Dávila a la corriente del relato de más difíciles símbolos. Las narraciones anteriores están publicadas en diversas revistas.

Hay un rasgo interesante en el quehacer artístico del Fakir: su actitud de artesano. Muchos relatos, por ejemplo, tienen dos y aún

tres versiones; existe inquietud por alcanzar cada vez mayor perfección. Sin embargo, ningún autor está más lejos que Dávila del preciosismo y la pedantería de los literatos. Comprendía, empero, que adecuar la palabra al pensamiento, la expresión a la intuición, constituye una gran tortura para el verdadero artista. Y más aún para el virtuoso de su alma, que ejecuta en ella como en un violín sobrenatural...

“Cabeza de gallo” contiene los más inquietantes relatos: “Pacto con el hombre”, “Un centinela ve aparecer la vida” y “La última cena de este mundo”; relatos a veces esotéricos, se escurren fácilmente del lector por una inasequible simbología. El primero, refiere una experiencia del Mundo Luciferino. No es un caso de posesión o endemoniamiento sino de encarnación: el alma del hombre sale de su cuerpo y ocupa un punto del Espacio; y Satanás ocupa el cuerpo abandonado. La prueba es dolorosa para ambos: a través de la conciencia del diablo sufre toda su especie el tormento de habitar por doce horas el cuerpo del hombre; y el alma de este, cuando retorna a su envoltura, ante el recuerdo de la “maravillosa holgura del Espacio”, no podrá resistir y habrá de buscar la muerte. Y también es dolorosa para el lector porque hay un como desdoblamiento del relatista que atribuye el relato al mismo demonio y queda inerme, como el hombre del pacto.

“La última cena de este mundo” sucede, después de la Gran Infección, entre los únicos sobrevivientes refugiados en una Isla. “Los tiempos, como los horizontes, se habían entrefundido”. Eran doce y él, Christian Huck, llamado el Décimotercero. Se movían por la otra consumación, en la cual ellos serían ideas de la Mente Universal. Ahora, empero, vivían una especie de incorporeidad; la música, por ejemplo, era un diseño permanente de la inteligencia. Christian les enseñaba cosas preciosas sobre la conciencia y la vida; practicaban una férrea disciplina espiritual para trasmutar cada uno de sus actos en conciencia pura. Hasta que un día Christian Huck representa una última cena en la

cual su voluntaria hematidrosis y la consagración del pan se asimilan al antiguo “tomad y comed”... Acab el narrador ocupa el sitio del Iscariote; mas cuando Christian eleva su copa, Acab retrocede, se aferra a su última decisión y abandona al grupo. Desde el fondo de la Isla, se opondría para siempre a él.

“Un centinela ve aparecer la vida”, por las implicaciones e interpretaciones de lo narrado, parece el relato más complejo. Porque si bien es verdad que los acontecimientos observados por el centinela no ofrecen, en sí mismos, dificultad alguna, la interpretación de ellos, creo, y de sus secretas conexiones cae en el plano de las conjeturas; el lector permanece, en el fondo, con la emoción original del misterio. El narrador asume la función de vidente. Por esto lo narrado tiene un no sé qué de apocalipsis. Es la extraña visión de un hombre, en la inanidad de las cumbres, de una gran crisis universal. En un vagón de tren, con el conductor dormido, viajan ocho personas, por la cresta de la Cordillera, entre volcanes y cóndores, rocas y millares de aves de toda clase arrojadas de sus mundos habituales. En la mayor altura, la tierra ruge y se contrae, ruedan los carros y la locomotora, pero el vagón donde va el Centinela vuelve a su sitio. Desde entonces el viaje será más allá de lo físico, terriblemente desolador. El Centinela, al fin, atormentado por la “visión de su vida despedazada”, en la más absoluta soledad, escucha una voz que le dice: “Tus guías desaparecieron. ¡Centinela, elige tú solo!” El relato no termina sino más bien empieza con las últimas palabras. La elección es un misterio; y este cuento penetra en su red inagotable.

Todas las narraciones de César Dávila Andrade conmueven por la profunda identificación del creador con sus criaturas. Hay en ellas la coparticipación que buscaba el Fakir en los destinos atormentados de los hombres y de su propia vida. “Solo después de una larga y consciente autocrucifixión –escribe, le es posible al hombre descender al Limbo y entenderse con las almas de los grandes muertos a quienes Dios necesita”. Es la aspiración

del virtuoso de su alma, que ejecuta en ella como en un violín sobrenatural. Y alma y música, vida y poesía, son igualmente desgarradoras.

EL DOLOR MÁS ANTIGUO DE LA TIERRA

“Conexiones de tierra” y “Materia real” (aún inédito) registran el nuevo signo de la poesía de Dávila: realizar en ella su propia conciencia². Más allá de la lógica de las formas condición esencial para quienes buscan comprender, como en los versos antiguos, la nueva poesía hay tras las palabras y símbolos esotéricos de estos poemas, el testimonio, lúcido y bello, de un estado de conciencia que, al identificarse con los hilos secretos de la Tierra, sucumbe a su magnetismo, al caos metafísico de sus elementos. En esta dirección, la poesía cumple de la manera más radical su función: es vehículo de comunicación; no de las nociones escondidas en un más o menos hermoso juego de palabras; de la vida misma, aprehendida al vuelo por la conciencia.

A través de las “Conexiones de Tierra” todo parece bajo el auspicio de cábalas: el bien y el mal en un solo Cuerpo. El espíritu añora su estancia anterior; ahora informa al “sepulcral imperio del páncreas”; está en una cárcel de glándulas y nervios:

PARIDO FUI DE UN ABISMO DE TENDONES.

ANIMAL GIRATORIO:

TODO ERA

DIOS Y BESTIA,

DENTRO Y FUERA.

¿Cómo retornar al estado originario? ¿Dónde encontrar una puerta? Esta poesía es testimonio de angustia, de busca infructuosa, de hallar algo que se

² Algunos poemas de “Materia real” han sido publicados en “Zona Franca” y también en “Ágora”. En carta al editor de “Niziah”, Francisco Araujo, Dávila recalca en el nuevo signo de su poesía: “Con la simpatía del buen recuerdo –escribe– me dice Ud. si continúo dibujando. Y le contesto que aún garrapateo en torno a lo que escribo, como si un aura automática de lo subconsciente tomara parte al margen del poema. Pero no permito ya que el garabato invada el campo del poema. Cada día una exigencia nueva, me pide realizar mi propia conciencia en el trabajo poético. Es este el nuevo signo de mi poesía. Lo puro emocional y la terriblemente filtrante flora subjetiva, debe ser eliminada poco a poco, por la alerta vigilancia de la conciencia sobre la obra, y sin embargo, el trabajador no debe dejarse tocar por el frío del cerebro, pues lo consciente no es helado nunca; solo el cerebro, lo cerebral pueden –creo yo– endurecer, helar las formas vivas”.

escapa a las fuerzas, como si a una persona se le ofrecieran manjares deliciosos y, al mismo tiempo, se le privara de la capacidad para gustarlos. El mundo impar y dislocado, el ignorado ser del hombre, los “otros”, acrecientan la conciencia de soledad, de inutilidad del esfuerzo:

**ESTAMOS PINTADOS DENTRO DE LA OSCURIDAD
POR MANOS CONTRARIAS A LAS NUESTRAS
PARA RECONOCERNOS, MÁS ALLÁ.**

La búsqueda tiene también signos de aliento que lindan con ritos mágicos y la secreta alquimia de las religiones de Oriente. Es necesario convertir los actos más insignificantes en actos conscientes; lograr en cada utensilio “la unión de la pupila con su objeto”. “Breve historia de Basho” por ejemplo, describe la experiencia del poeta-zen. Su ideal es “extender la vena central del cuerpo hasta el extremo mismo de la sagrada palanca”. Por eso, se somete a una rígida disciplina hasta “madurar la atención de Sí mismo”; y sus afanes de santidad reciben la paga: una vez, a orillas del bosque, escucha no solo el ruido del agua sino la “armadura toda del Oído del Agua, pues el agua de vida estaba ya en él”. Esta historia ilustra la aspiración del mismo César Dávila: captar más allá del ruido del agua; no las formas sino la esencia del Universo, aquello que escapa a los sentidos y rebasa la conciencia y es el principio de la Vida.

“Conexiones de Tierra” y “Materia real” revelan momentos de luz y de sombras, de ascensión y de caída; obsesión en el Encuentro; desesperación y esperanza, fe y duda, en los caminos del Encuentro. De pronto Dávila escribe:

**ES TU PRESENCIA. TU DON SIN LÍMITE NI FORMA.
TUS TIJERAS CUSTODIAN LOS HILOS
DE LOS ENFERMOS DE HAMBRE Y PARAÍSO.
TU NOMBRE SE VUELVE MI CONFLICTO.**

Luego, en el colmo de la desesperación, pronuncia la oración metafísica del que tiene conciencia de su condena:

**PASA DE MÍ LA ESFERA Y LA CIRCUNFERENCIA,
PUES NO HAY CABEZA NI DIADEMA YA
ENTRE LOS BELLOS POLOS DEL DEMENTE.**



**PASA DE MÍ LOS RECIPIENTES
Y DEVUÉLVEME
A LA LUZ DEL VACÍO BOQUIABIERTO.**

Esta polaridad entre la sed cada vez más agobiante de lo Perfecto y la proporcionalmente mayor imposibilidad de satisfacerla, es la esencia de la angustia en la obra de Dávila. Paso a paso pierde y recobra a la vez, con mayor violencia, la fe. El hombre no es distinto de las piezas de ajedrez; solo viene a jugar sobre la Tierra; no a vivir. El instinto, el "ego", los de "enfrente", ciegan la visión pura, echan un manto a la Belleza. Después de la muerte, me figuro a Dávila, con su cuerpo etéreo, como él creía, que asciende todavía por las rocas escarpadas de los Himalayas, en busca de los grandes maestros de la "Jerarquía Planetaria de la Luz".

Este conflicto de vida y poesía se resuelve en "Profesión de fe". Hay oscuridad alrededor del Poeta. Este libra la batalla de la creación "desde las cuevas comunicantes del corazón o dentro de la glándula del entrecejo"; la voluntad del poema intenta franquear aquella zona oscura; pero esta se vuelve cada vez más inexpugnable. La voluntad del poema embiste y "elige a oscuras los objetos sonoros, las riñas de alas, los abalorios que pululan en la boca del cántaro". Pero las sombras se hacen más espesas. El Poeta agoniza, como pez de las profundidades del océano, en el abismo de la creación. No existe salida. "El pez solo puede salvarse en el relámpago". En la intuición instantánea de la creación. En el destello que hiere el cielo y abre alas de fuego en la noche impenetrable.

Asimismo el hombre solo resiste el trance de agonía cuando un Ángel baja a reconfortarle, cuando una luz como la que cae en el camino de Damasco, penetra, envuelve e ilumina los más recoletos pasajes de la conciencia. Hasta entonces, vida y poesía son "el dolor más antiguo de la Tierra".

3 de junio de 1967

DISTANTE PRESENCIA DEL OLVIDO

BICHITO EDITORES

Hoy, la palabra y el tiempo lo regresan, su poesía prolifera, se multiplica. No resulta exagerado afirmar que su obra se ha convertido en referente imprescindible de la lírica latinoamericana contemporánea. Su escritura transita quizá por pequeños itinerarios, fuera de las rutas que los grandes mapas literarios no mencionan. Aun así, su palabra ha viajado por muchos países gracias a una voz en permanente búsqueda, la humanidad de su escritura, las huellas poéticas que recorren su obra alojan la vitalidad confesional, el espejo del hermetismo y el juego de máscaras. Su mirada se proyecta a través de diferentes planos de la existencia, mí(s)tico sin dejar de ser histórico, equiparando conocimientos de distintas procedencias.

Celebramos en el 2018 el centenario del gran poeta y narrador César Dávila Andrade (1918-1967). En el mes de mayo, inaugurando una serie coloquios y homenajes al Fakir, la Pontificia Universidad Católica, Vallejo & Co., La Línea Imaginaria, Centro Cultural Benjamín Carrión y Bichito Editores publica un magnífico libro-dossier: *César Dávila. Distante presencia del Olvido*, con edición a cargo de Mario Pera, junto a la coordinación editorial y curaduría de Aleyda Quevedo Rojas, y la corrección de textos y asistencia de producción de Kevin Cuadrado, dando así inicio a esta fiesta davilliana.

Acuden a este encuentro los creadores: José Gregorio Vásquez, Jorge Dávila Vásquez, Jesús David Curbelo, Kevin Cuadrado, César Eduardo Carrión, José Eugenio Sánchez, Mario Pera, Aleyda Quevedo Rojas, Edwin Madrid, Maritza Cino Alvear, Myriam Merchán Barros, Gustavo Salazar Calle y César Chávez Aguilar; una amalgama de voces que abordan la vida y obra

CÉSAR DÁVILA

DISTANTE PRESENCIA DEL OLVIDO

José Gregorio Vásquez

Jorge Dávila Vázquez

Jesús David Curbelo

Kevin Cuadrado

Edwin Madrid

César Eduardo Carrión

Mario Pera

Aleyda Quevedo Rojas

José Eugenio Sánchez

Maritza Cino Alvear

Myriam Merchán Barros

Gustavo Salazar Calle

César Chávez Aguilar



VALLEJO
& CO

del Fakir, y que han encontrado en su poesía y narrativa, un amplio panorama digno de ser estudiado y celebrado.

Distante presencia del olvido, un libro en un marco incomparable, cargado de emoción y cierta nostalgia, donde además del trabajo destacado de los autores convocados, se reúnen 3 ensayos y 25 poemas del Fakir, incrementando nuestro deslumbramiento con 13 ilustraciones de la artista plástica Bettina Uzcátegui, quien fue uno de los amores de Dávila, y *Tarea Poética: Fonografías de César Dávila Andrade*, poemas musicalizados, labor realizada por el escritor Kevin Cuadrado.

Este libro-dossier es la clara evidencia que el vasto universo daviliano tiene todavía mucho por mostrarnos, a sus eternos lectores, y a los que se están iniciando en la poesía y narrativa de uno de los mejores escritores que ha dado el Ecuador. Bichito Editores invita y recomienda la lectura de este maravilloso trabajo, disponible para su descarga gratuita en el siguiente link:

<http://bit.ly/2rGry2g>

Una buena lectura. ✨

MUESTRARIO DE SOFÍA RAMÍREZ

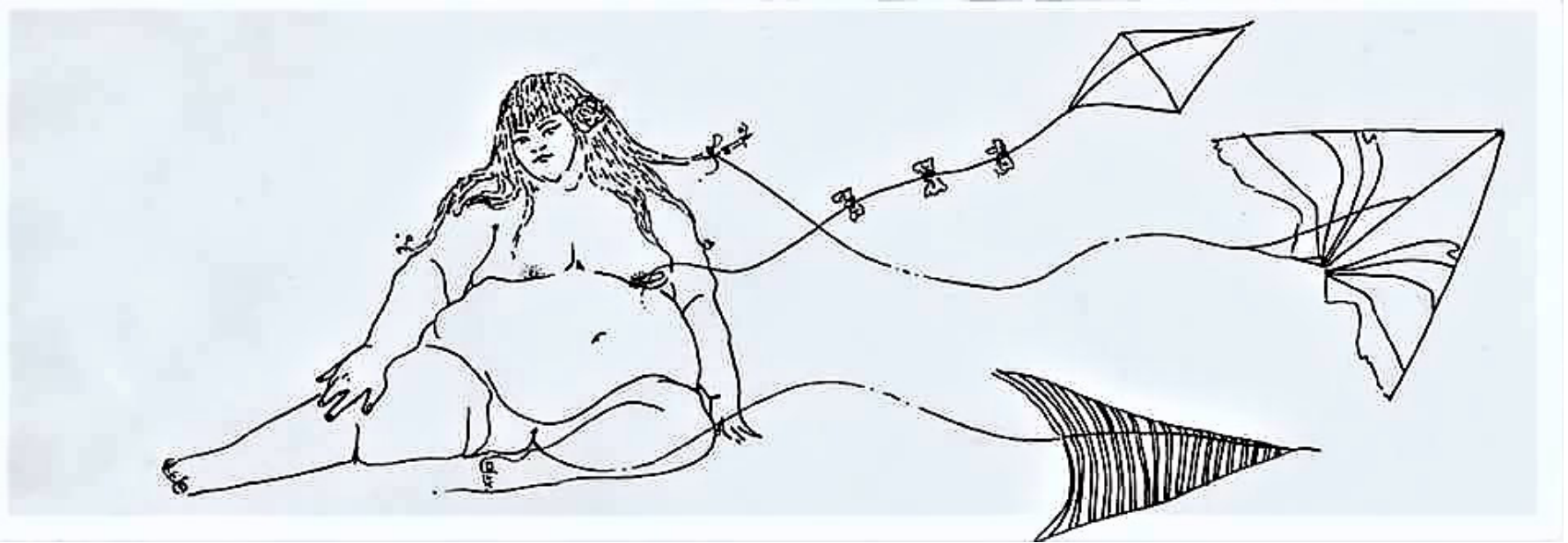
La obra de Sofía Ramírez llega para transportar y convertirnos en espectadores; nos traza un camino del que no es necesario conocer el punto de partida, ni tampoco el lugar de llegada. Es como entrar por un túnel que está comprendido por un entramado de laberintos.

La obra de Ramírez concibe una primera idea, lo que nos quiere decir: la sensualidad como resultado de pinceladas sobre lienzos que en algunos casos representa la corporalidad, es sin duda el transcurso por una epifanía que se nos presenta entre un juego de colores, técnicas y todas las posibles sensaciones visuales que nos trasladan al punto más sensible de la obra, para mostrar un compendio de acciones.

Sentimos, es cierto, la angustia y desesperación del extravío cuando la obra alcanza el punto más alto, donde muestra lo innato del ser: su humanidad, donde duerme, se excita, grita y asusta.

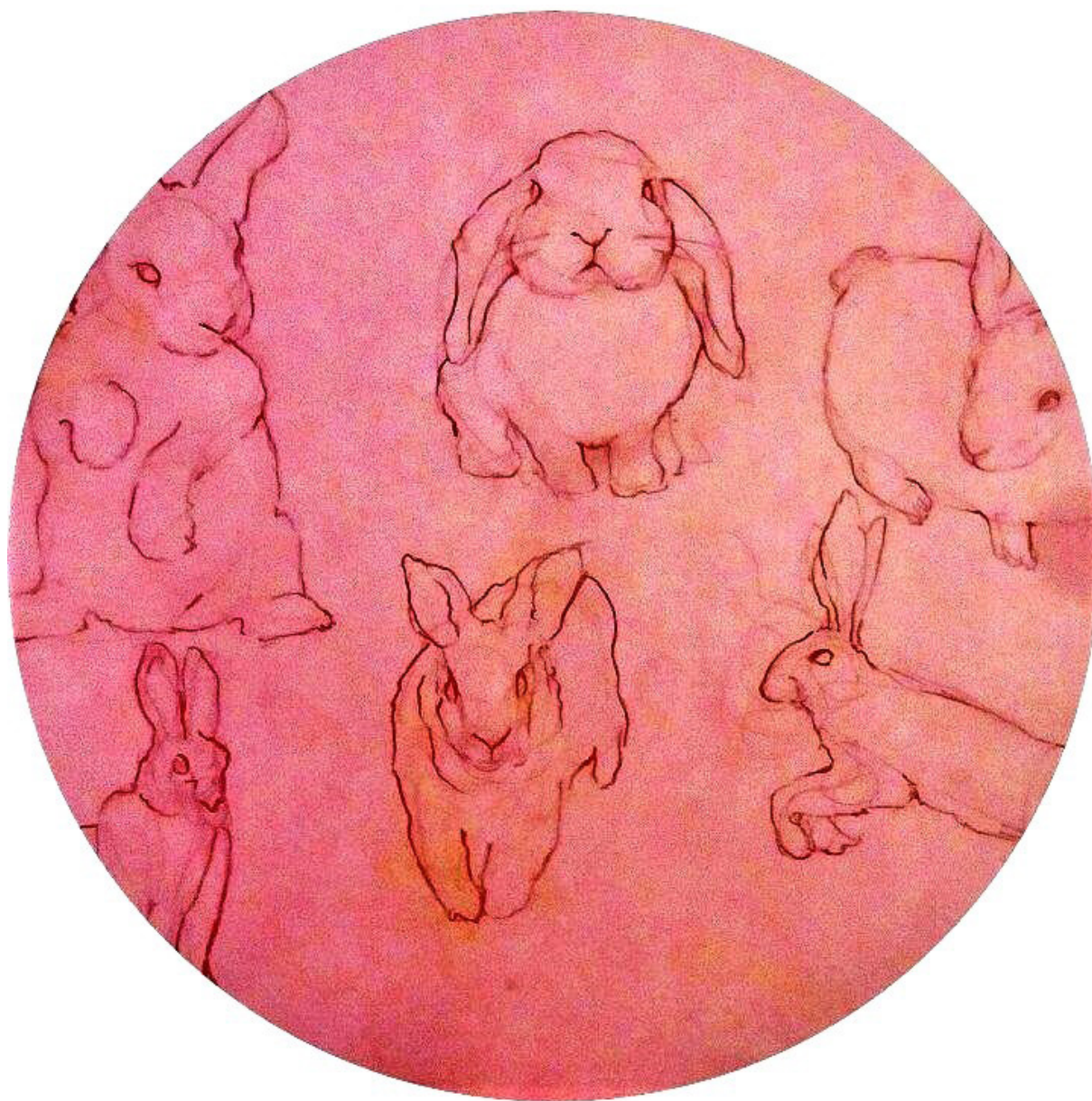
Finalmente, Ramírez nos invita a sabernos desde una perspectiva subjetiva, donde descubre al ser humano, desde su estética no visible.

Andrés Usiña



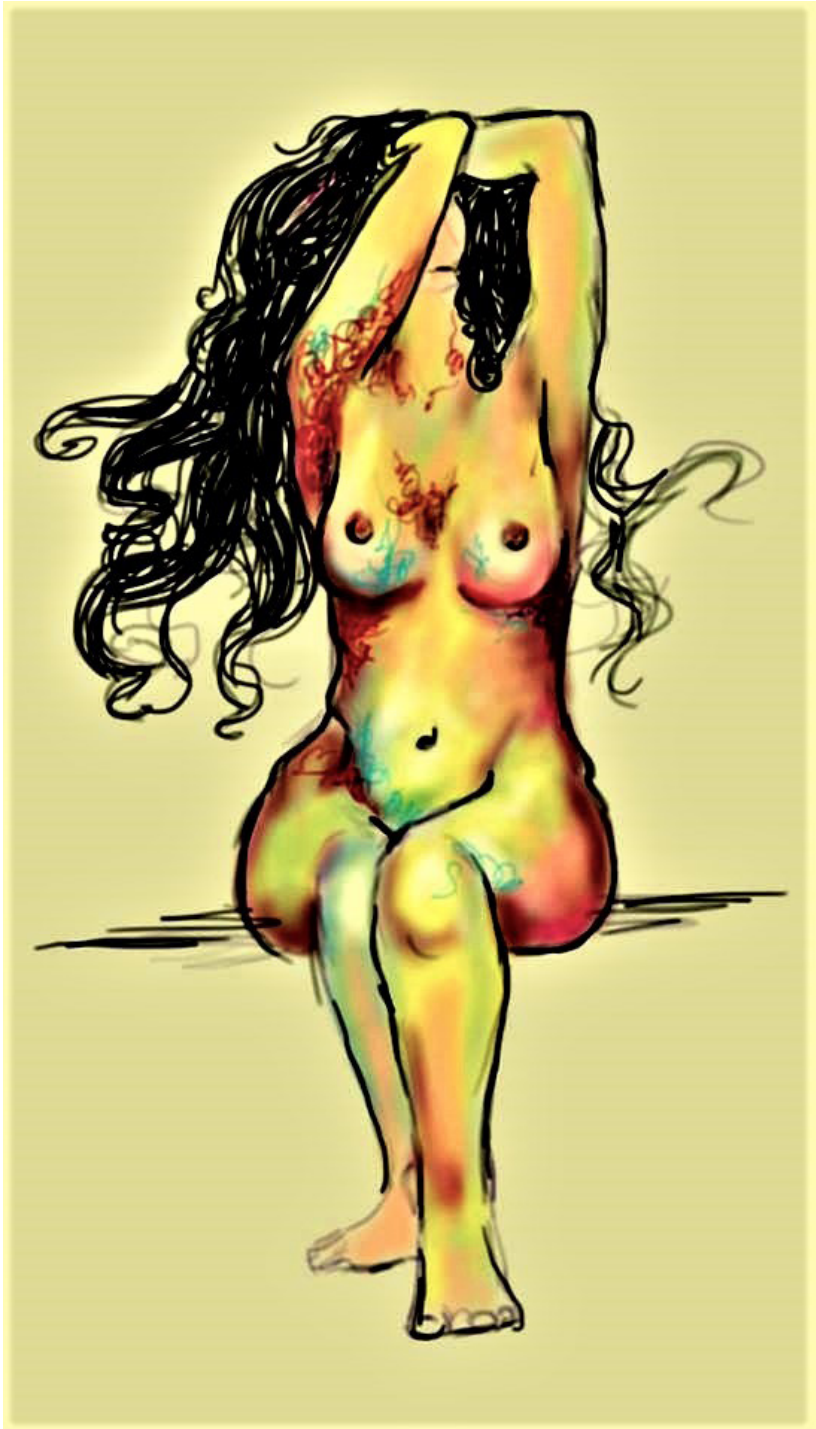
The more I paint, the more I like everything.
JEAN MICHEL BASQUIAT





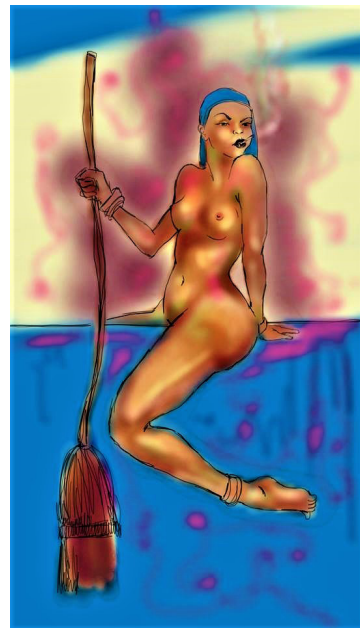
Lo que nos muestra una
pintura, no lo ven nuestros ojos
de carne, sino los del espíritu.

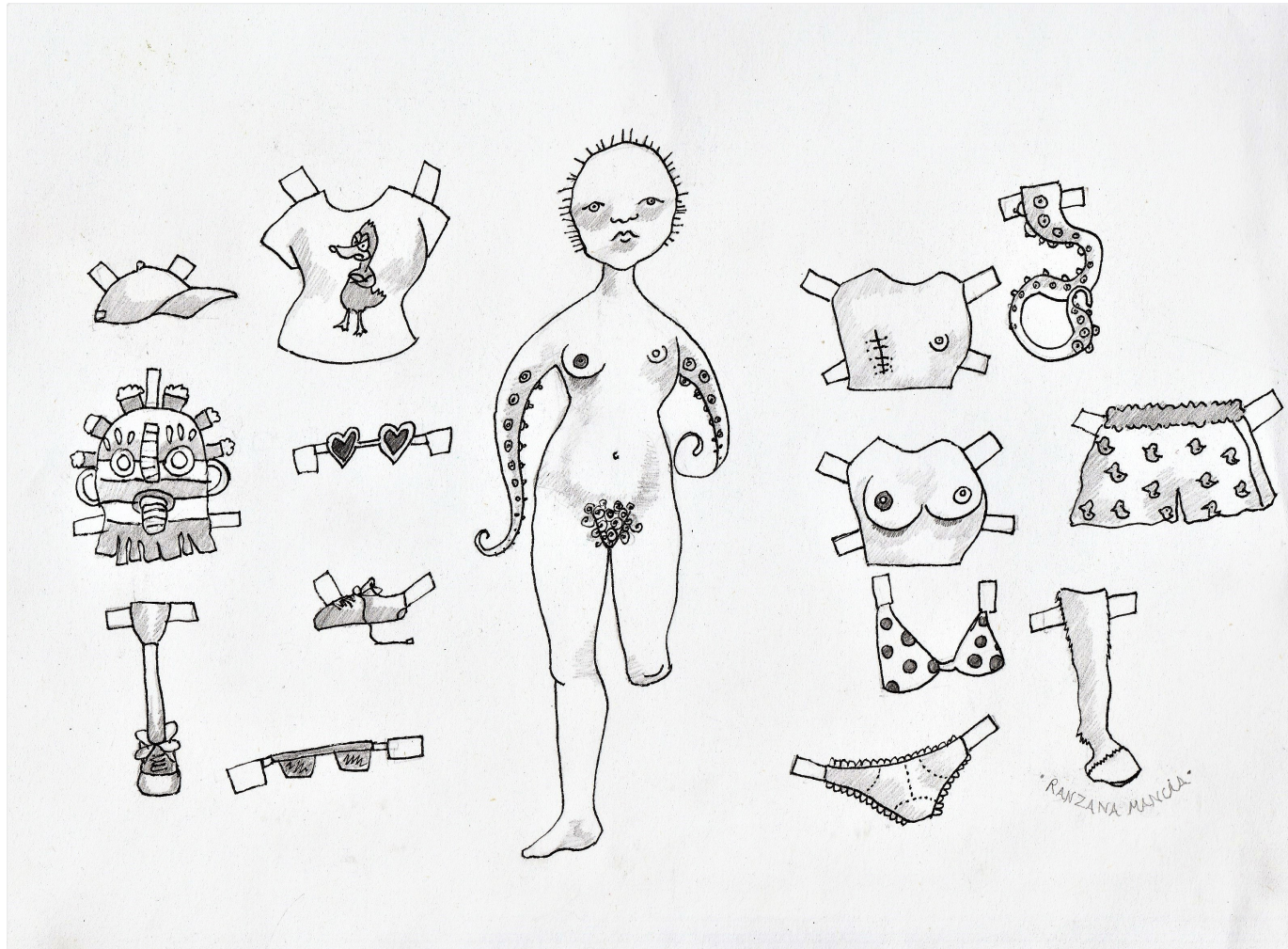
OCATAVIO PAZ



Me llevo cuatro años
pintar como Rafael,
pero me llevo toda
una vida aprender a
dibujar como un niño.

PABLO PICASSO





Cuánta belleza en el arte, con tal de poder retener lo que se ha visto. No se esra nunca entonces sin trabajo ni verdaderamente solitario, jamás solo.

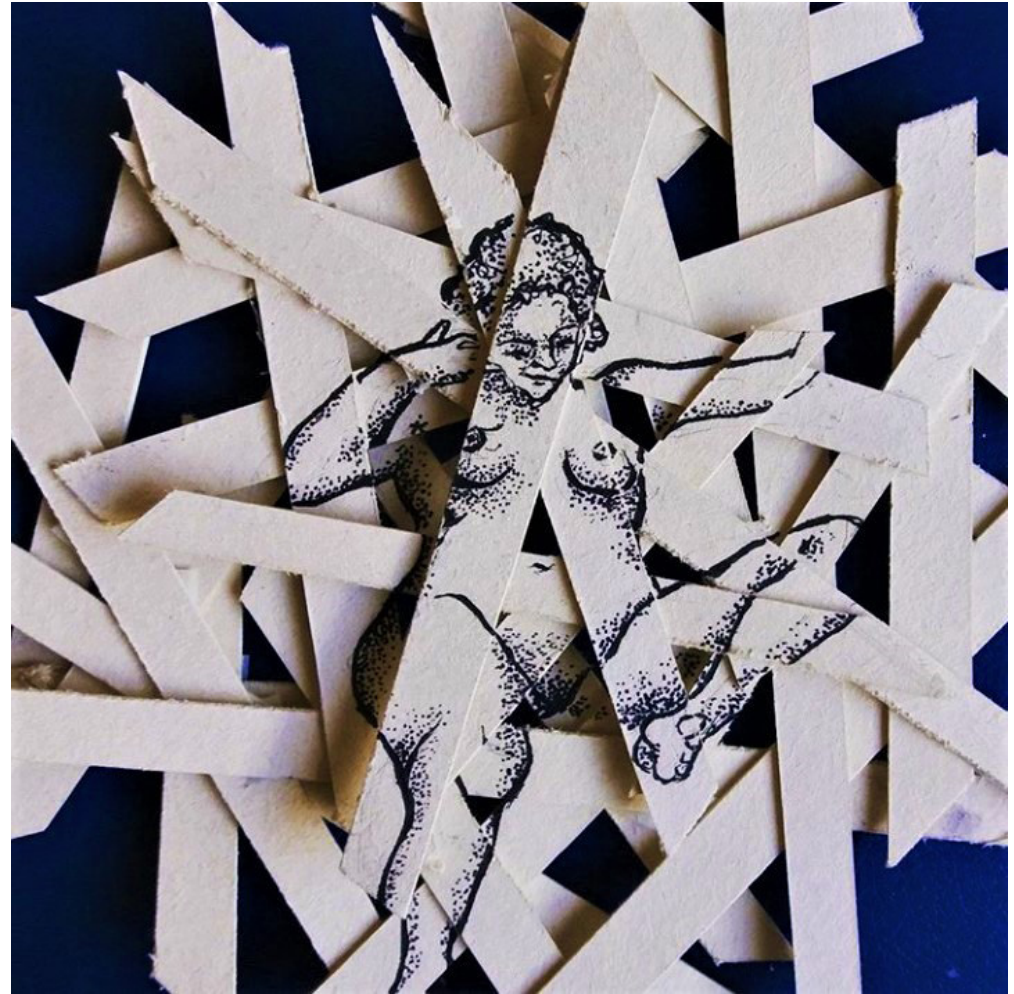
VINCENT VAN GOGH



La belleza parece en la vida,
pero es inmortal en el arte.
LEONARDO DA VINCI

No pinto cosas. Solo pinto la
diferencia entre las cosas.

HENRY MATISSE



ENCUENTROS

Nuestros encuentros no tienen mundo.
Se hacen
de pensamiento a pensamiento
en el éter
o en la vivacidad de los sepulcros,
a mil insectos por centímetro.

Nuestros encuentros se sirven
de microorganismos
y partículas de cobre.

Podemos esperar mil años, y aún más.
Nuestros encuentros se realizan en el lodo
o entre el rumor de herraduras y lienzos
que precede
a las grandes migraciones:

Nuestros encuentros se hacen
en el ser instantáneo
que pasta y muere,
—como pastor y bestia—
entre surcos y siglos paralelos.

Nuestros encuentros no tienen
número ni punto.



PATROCINIO DE:



APOYO DE:



revista
BICHITO

Visítanos en Instagram y Facebook:
[@bichitoeditores](#)

O escríbenos:
bichitoeditores@gmail.com

bichitoeditores.com